

cerrar la puerta, él llegó empujando por fuera, hasta que la llave dió una vuelta y todo quedó en silencio.

\*  
\*\*

A la mañana siguiente llegó Luisa, y su marido la recibió con estas palabras:

—¿Estás loca? ¡No se hacen tales tonterías sin escribir! ¡Eso es ridículo! Volverás á marchar mañana.

Luisa, aturdida por tal recibimiento, cayó en brazos de Paulina.....

Y por la noche, cuando Lázaro y Paulina subían á sus respectivos cuartos, él exclamó:

—¡Adiós!

—Adiós, no—contestó ella esforzándose por sonreír.—Hasta la vista, porque no marcharé hasta el lunes.

Era sábado aquel día.



#### IV.



la mañana siguiente, en la hora del desayuno, cuando todos estaban sentados á la mesa teniendo delante grandes vasos de café con leche, extrañábanse de no ver llegar á Luisa, y ya la doméstica iba subir para llamar en la puerta del cuarto de la joven, cuando ésta apareció en el comedor.

Estaba muy pálida y andaba con dificultad.

—¿Qué tienes?—preguntó Lázaro alarmado.

—Estoy sufriendo desde antes de amanecer—respondió ella—y apenas he conseguido pegar los ojos..... ¡Creo que he oído sonar todas las horas de la noche!



Paulina se incomodó.

—¿Por qué no has llamado? ¡Siquiera te habríamos hecho compañía!

Luisa se acercó á la mesa, y tomó asiento, exhalando un suspiro de satisfacción y de alivio.

—¡Oh! —replicó.— No podéis hacer nada por mí.... Demasiado sé lo que tengo, porque estos dolores no me dejan parar hace ya ocho meses.

Su penoso embarazo, en efecto, la había acostumbrado á continuas náuseas, á dolores de estómago cuya violencia la obligaba á estar encorvada por espacio de días enteros.

Aquella mañana habían desaparecido las náuseas, y estaba ella como abroquelada por un cinturón que la oprimía cruelmente el vientre.

—¡Oh! ¡se acostumbra uno al dolor!—dijo Chanteau sentenciosamente.

—Sí—contestó la joven—y es menester que yo pasee esto.... Por eso he bajado, porque allá arriba no hubiera podido estar quieta en un sitio.

Hizo esfuerzos para comer, y bebió algunos sorbos de café con leche, y toda la mañana estuvo dando vueltas por la casa, arrastrándose de una silla á otra.

Nadie se atrevía á dirigirla una palabra, porque

esto era bastante para que ella se incomodase, y parecía que sus dolores aumentaban cuando se la hablaba.

Antes de mediodía éstos cedieron, y pudo sentarse á la mesa y tomar una sopa; mas entre dos y tres de la tarde se repitieron con más fuerza, declarándose crueles retortijones, y ella entonces no se paraba, iba del comedor á la cocina, subía pesadamente á su cuarto, volvía á bajar al comedor....

Paulina mientras tanto seguía haciendo su maleta: iba á partir en la mañana del siguiente día, y apenas contaba con el tiempo justamente preciso para escudriñar sus muebles y arreglarlo todo.

A cada minuto, sin embargo, salía á la escalera, y se asomaba por la balaustrada, conmovida con el ruido de aquellos pasos, pesados por el sufrimiento, que hacían rechinar los peldaños, y hacia las cuatro, sintiendo que Luisa se agitaba mucho, decidióse á llamar á Lázaro que se había encerrado en su cuarto en la exasperación nerviosa de las desgracias con que, según él, le agobiaba el destino.

—No podemos dejarla así—exclamó Paulina.—Es preciso hablarla.... Baja conmigo.

Justamente la encontraron en la meseta del primer piso, agarrada á la barandilla de la escalera, sin fuerzas para subir ni para bajar.



—Querida niña—dijo Paulina con dulzura—nos estas alarmando, y vamos á llamar á la partera.

Luisa se incomodó.

—¡Dios mío! ¿Es posible que me atormentéis de este modo, cuando pido únicamente que se me deje en paz? ¿A los ocho meses de mi embarazo, qué puede hacer la partera?

—Siempre será lo más razonable que ella lo vea.

—No, no quiero; ya sé yo lo que esto significa..... Por piedad, no me habléis más, no me atormentéis.

Y Luisa se obstinó, con tal exageración de cólera, que Lázaro entonces se incomodó también, y fué necesario que Paulina hiciese formal promesa de no enviar en busca de la comadrona.

Era ésta cierta señora Bouland, de Verchemont, que tenía en la comarca gran fama de habilidad y energía, y se decía que no se encontraba otra igual ni en Bayeux ni aun en Caen.

Y he aquí por qué Luisa, herida por el presentimiento de que habría de morir en el parto, se había decidido á ponerse en manos de la señora Bouland, aunque la temía grandemente, con el temor irreflexivo del dentista que debe curar y se decide á ver lo más tarde posible.

A las seis presentóse nuevamente una calma re-

pentina: la joven triunfó; bien lo decía ella, porque aquellos dolores suyos eran los habituales, aunque más fuertes.

Y como estaba rendida de cansancio, se acostó, después de comer una chuleta.

—Todo concluirá—decía—si consigo dormir.

Y quedó sola mientras la comida de familia, prohibiendo que subieran á verla para no despertarse con sobresalto.

Serviase aquella noche una sopa de coles y huevos y un trozo de ternera asada; y el principio de la comida fué triste, porque á la crisis de Luisa se agregaba la pena por la marcha de Paulina: y hasta se evitaba hacer ruido con cucharas y tenedores, para que no llegasen los ecos al primer piso y la enferma se exasperase.

Chanteau, sin embargo, refería casos de extraordinarios embarazos.....

Y cuando Verónica llevaba á la mesa el asado, dijo bruscamente:

—Yo no sé..... pero me parece que se quejan allá arriba.....

Lázaro se levantó para abrir la puerta del comedor; y todos, dejando de comer, escucharon; al principio nada se oía; luego sonaron gemidos largos, ahogados.



—Se repite la crisis—murmuró Paulina.—¡Subo! Y tirando su servilleta, ni siquiera aguardó á comer el trozo de ternera que se había servido en su plato.

Afortunadamente la llave estaba en la cerradura, y Paulina pudo entrar en el acto; Luisa, al borde de su lecho, con los pies desnudos, mal envuelta en un peñador, se balanceaba de derecha á izquierda con la fijeza intolerable de un sufrimiento que la arrancaba grandes suspiros.

—¿Pero estás peor?—preguntó Paulina.

Luisa no respondió.

—¿Quieres ahora que se vaya á buscar á la señora Bouland?

Ella tartamudeó entonces con resignación forzada:

—Sí..... es igual..... Quizá me tranquilizaré en seguida..... ¡No puedo más, no puedo más!

Lázaro, que había subido detrás de Paulina y escuchaba á la puerta, se atrevió á entrar diciendo que sería prudente ir á Arromanches para traer al doctor Cazenove, en la previsión de que se presentasen complicaciones.

Pero Luisa rompió á llorar. ¿No tenían piedad de su estado? ¿Por qué la martirizaban de aquel

modo? ¡Demasiado sabían que no podía sufrir la idea de que un hombre la asistiese en su alumbramiento!

Y era que tenía el pudor enfermizo de mujer coqueta, la vergüenza de mostrarse en el abandono cruel del sufrimiento, el cual, aun delante de su marido y de su prima, la hacía apretarse el peineador contra sus caderas temblorosas.

—Si vas en busca del doctor—murmuró—me acuesto, me vuelvo hacia la pared, y no contesto á nada ni á nadie.

—Pues vete inmediatamente á llamar á la partera—dijo Paulina;—no creo que haya llegado el momento, y por lo mismo se trata sólo de tranquilizarla.

Los dos bajaron.

El cura Horteur acababa de entrar á dar las buenas noches, y quedó estupefacto delante de Chanteau, que estaba asustado.

Querían que Lázaro comiese un pedazo del asado antes de ponerse en camino, y él, declarando que se ahogaría con un bocado, partió á escape hacia Verchemont.

—¡Creo que Luisa me llama!—dijo Paulina de pronto, lanzándose á la escalera.—Si tengo necesi-



dad de Verónica, haré algún ruido para que suba.... Acabariés de comer sin mí, ¿verdad, tío?

El cura, molestado por aquel suceso, no encontraba sus habituales palabras de consuelo, y acabó por retirarse pronto, ofreciendo volver después de visitar á los Gonin, porque el viejo enfermo estaba en los últimos.

Chanteau quedó solo en presencia de la mesa; las copas estaban á medio llenar; la ternera humeaba en los platos; pedazos de pan empezados á morder y tenedores con grasa habían sido abandonados sobre el mantel.

Paulina encontró á Luisa de pie, apoyada en el respaldo de una silla.

—Sufro demasiado estando sentada..... Ayúdame á andar.

Desde por la mañana quejábase de pinchazos en la piel, como si moscas la picasen fuertemente, y ahora sentía contracciones interiores, una sensación que la oprimía el vientre en un espacio más angosto.

Y cuando se sentaba ó se echaba, parecía que una masa de plomo la aplastaba las entrañas, y comprendía entonces la necesidad de moverse, de andar, apoyada en el brazo de Paulina, que la paseaba desde el lecho á la ventana.

—Tienes algo de fiebre—murmuró esta última.— ¿Quieres beber?

Pero Luisa no respondió, porque una contracción más violenta la obligaba á encorvarse, á agarrarse á los hombros de Paulina con tal estremecimiento que las dos temblaban y vacilaban.

—¡Muero de sed!—dijo cuando pudo hablar.—Mi lengua está seca, y ya ves cómo tengo encendido el rostro..... Pero no me dejes, no, no, porque caería..... Andemos, andemos, que ya beberé dentro de poco.

Y ella continuó su paseo arrastrando las piernas, apoyándose con más fuerza en el brazo que la sostenía, y durante dos horas anduvo sin detenerse.

Eran ya las nueve. ¿Por qué no llegaba la partera? ¡Ahora que ella la deseaba con ansia! ¿Pero es que se quería verla morir, cuando se la dejaba tanto tiempo sin socorro?

Verchemont estaba á una distancia de veinticinco minutos, y una hora bastaba para el viaje: ó Lázaro se entretenía, ó le había ocurrido algún accidente, y entonces nadie vendría.

Declaráronse náuseas y vómitos.

—Vete, no quiero que estés aquí—dijo á Paulina.—¿Pero es posible, ¡Dios mío! llegar á tal estado, á causar repugnancia á todo el mundo?



Y á pesar de su abominable tortura conservaba la preocupación única de su pudor y de su gracia de mujer.

De gran resistencia nerviosa, no obstante sus delicados miembros, empleaba las pocas fuerzas que entonces tenía en no abandonarse, en arreglar de continuo sus bajos y sus medias, inquietándose por la desnudez que en ocasiones mostraba.

Y también la atormentaban necesidades imaginarias, y entonces quería que su prima se volviese de espaldas, y ella se ocultaba detrás de una cortina para intentar satisfacerlas.

Como la doméstica había subido á ofrecer sus servicios, Luisa balbuceó con voz agitada:

—¡No, no, por Dios, delante de esa mujer!.....

Paulina empezaba á perder la cabeza.

Dieron las diez, y no se explicaba la ausencia de Lázaro; tal vez no habría encontrado á la señora Bouland, pero ¿qué iba á suceder entonces con la pobre Luisa, cuya situación empeoraba, ignorando ella lo que era necesario hacer en tales casos?

Acordábase de sus antiguas lecturas, y gustosa hubiera reconocido á Luisa, con la esperanza de poder tranquilizarla; pero ésta se mostraba tan púdica, que Paulina vacilaba en proponérselo.

—Escucha, querida— la dijo por fin— si me dejases ver.....

—¿Tú? ¡Oh, no, no! ¡Tú no estás casada!

Paulina se echó á reír.

—¿Y qué importa eso? Me consideraría feliz si pudiese aliviarte.

—¡No, que no! Yo moriría de vergüenza; no me atrevería nunca á mirarte de frente.....

A las once la espera se hizo intolerable, y Verónica partió hacia Verchemont, llevando una linterna, con orden de visitar los fosos y los barrancos.

Dos veces Luisa había intentado acostarse, teniendo las piernas quebrantadas de cansancio; mas tuvo que levantarse al punto, y sólo podía tenerse de pie, sola, con los codos apoyados en la cómoda y agitándose con incesante movimiento del cuerpo.

Los dolores, que se sucedían por crisis, se aproximaban, se confundían casi en un dolor único, y su violencia cortaba la respiración á la enferma.

Y Paulina, de pie, detrás de ella, no podía hacer nada, sino verla sufrir, y volvía la cabeza para fingir que no la miraba, porque Luisa recogía su peñador con algún embarazo, y preocupábanla con insistencia su bella cabellera rubia destrenzada y su delicado semblante descompuesto.



Hacia la media noche, por fin, el ruido de un carruaje hizo bajar precipitadamente á Paulina.

—¿Y Verónica?—gritó desde el vestíbulo, reconociendo á Lázaro y la comadrona.—¿No la habéis encontrado?

Lázaro refirió que venían por el camino de Portles-Bessin, porque le habían ocurrido todas las desgracias posibles: la señora Bouland estaba en otro pueblo, á tres leguas de distancia, asistiendo á otra parturienta, y no había ni coche ni caballería para ir á buscarla, por lo que tuvo que hacer el camino á pie, á paso de carrera; pero, felizmente, la señora Bouland tenía un carricoche para venir.

—¿Pero y la parturienta?—preguntó Paulina.—¿Había terminado? ¿Podía dejarla ya esta señora?

La voz de Lázaro se hizo trémula y ronca.

—La parturienta ha muerto.

Entraron en el vestíbulo, que estaba alumbrado por una bujía colocada en un peldaño, y hubo un silencio penoso mientras la señora Bouland colgaba en la percha su abrigo.

Era la tal partera una mujer delgada, morena, amarillenta como cáscara de limón, con nariz arrogante que indicaba soberbia, y hablaba mucho, con

ademanes despóticos, que la daban cierto respeto, casi veneración, entre los sencillos aldeanos.

—Si la señora quiere seguirme....—dijo Paulina.—Yo no sabía ya qué hacer, porque ella no ha dejado de quejarse en toda la noche.

Luisa estaba en su cuarto pataleando delante de la cómoda, y se echó á llorar cuando vió á la partera; mas ésta la dirigió varias preguntas breves, sobre la fecha, el sitio y el carácter de los dolores que sentía.

Luego dijo secamente:

—Pues vamos á ver.... Yo no puedo decir una palabra mientras no determine la presentación.

—¿Y eso es ahora?—tartamudeó Luisa llorando.—¡Oh, Dios mío! ¡A los ocho meses! ¡Y yo que creía tener delante un mes todavía.

La señora Bouland, sin responderla, tomaba las almohadas y las amontonaba una sobre otra en medio de la cama.

Lázaro, que había subido, tenía la actitud contrariada de un hombre obligado á presenciar el drama de un alumbramiento: acercóse, no obstante, y dió un beso en la frente sudorosa de su mujer, quien pareció no tener conciencia de aquella caricia.

—Vamos, vamos—dijo la comadrona.

Luisa, asustada, dirigió á Paulina una mirada de



súplica, y comprendiendo esta última semejante indicación, salió con Lázaro, quedándose ambos en la meseta de la escalera.

La bujía, que estaba encendida en la parte baja, iluminaba el hueco de la escalera con tenue resplandor de lamparilla, interrumpido por sombras de caprichosa forma.

Allí estaban los dos: él de espaldas hacia la pared, y ella en la barandilla, enfrente, inmóviles, silenciosos.

Su atención se dirigía á la cámara vecina: algunas veces llegaban hasta ellos vagos gemidos, y otras, desgarradores gritos.

Luego parecióles que pasaba una eternidad hasta el momento en que la comadrona abrió la puerta.

Los dos quisieron entrar, pero aquélla los rechazó para salir ella misma y cerrar inmediatamente.

—¿Qué ocurre?—preguntó Paulina.

La comadrona, haciéndoles una seña, les obligó á bajar la escalera, y cuando los tres llegaron al descansillo del corredor, habló así:

—El caso se presenta grave, y mi deber es prevenir á la familia.

Lázaro palideció, y un soplo frío le azotó el rostro. Luego balbuceó:

—¿Por qué, por qué?

—Porque el niño se da por el hombro izquierdo, según he podido investigar, y temo que el brazo se desprenda el primero.

—¿Y qué?—preguntó Paulina.

—Que en tal eventualidad es necesario el concurso de un médico..... Yo no puedo cargar con la responsabilidad de un alumbramiento como éste..... de ocho meses nada más.....

Hubo largo silencio, y después Lázaro expresó su desesperación.

¿Dónde hallar un médico en tal hora de la noche? ¿No tendría tiempo de acabar diez veces su mujer, antes de que él trajese de Arromanches al doctor Cazenove?

—No creo en peligro inmediato—decía la comadrona.—Partid inmediatamente, porque yo no puedo hacer nada.....

Y como Paulina la dijese, en nombre de la humanidad, que empezara á obrar, siquiera para alivio de la desventurada, cuyos fuertes suspiros llenaban la casa, declaró la partera francamente:

—No puede ser, me está prohibido..... La otra, la de allá abajo, ha muerto, y no quiero que también ésta se quede entre mis manos.



En aquel momento se oyó un lamento lacrimoso de Chanteau.

—¿Conque estáis ahí? Entrad.... ¿No se quiere decirme nada? ¡Hace un siglo que estoy esperando noticias!

Los tres entraron al comedor.

Después de la comida interrumpida, todos habíanse olvidado de Chanteau, quien permanecía ante la mesa servida, pacientemente, dando vueltas á sus pulgares, con la resignación somnolienta de un enfermo que está acostumbrado á larga inmovilidad solitaria.

La nueva catástrofe que amenazaba á la casa llenábale de tristeza, y no había tenido valor el pobre gotoso para acabar de comer, teniendo aún su mirada fija sobre el plato servido.

—¿Pero no va bien eso?—murmuró.

Lázaro alzó con rabia los hombros, y la señora Bouland, que conservaba toda su sangre fría, le aconsejaba que no perdiera el tiempo.

—Usad de mi cabriolé—añadió;—porque si bien el caballo anda poco, en dos horas ó dos y media podréis ir y venir. ... De aquí á entonces yo velaré.

Entonces, tomando una determinación súbita, lanzóse fuera, con la certidumbre de que al regresar,

encontraría á su mujer muerta: se le oyó jurar y fustigar al caballo; resonó en seguida el ruido del cabriolé, que arrancó del patio rápidamente.

—Pero ¿qué pasa?—preguntó otra vez Chanteau, á quien nadie respondía.

Porque la comadrona había subido al punto hacia el cuarto de Luisa, y Paulina la siguió, diciendo sencillamente á su tío que la pobre Luisa estaba muy mala.

Ofrecióse además á acostarle, y él rehusó, obstinándose en saber lo que ocurría, y añadió que si el sueño lo dominaba, dormiría perfectamente en su sillón, como dormía buenas siestas por la tarde.

Mas apenas estuvo solo, Verónica entró con su linterna apagada.

Estaba furiosa la doméstica.

—¿Por qué no se me ha dicho que ellos vendrían por otro camino? Yo que miraba uno á uno todos los fosos, y que he ido hasta Verchemont como imbécil estúpida.... Y todavía he aguardado allí más de media hora, plantada en el camino.

Chanteau la miraba con sus grandes ojos.

—¡Diablo, hija mía! Pues ¿cómo habías de encontrarlos?

—Y luego—continuó Verónica—he ahí que vengo;